

Migraciones: ¿Una oportunidad para el desarrollo?¹

Joaquín Azagra Ros.

Profesor de Historia Económica de la Universidad de Valencia

¿Constituye la emigración tanto problema como la preocupación que suscita?.

O por el contrario ¿su impacto económico es siempre tan positivo como se desprende de los análisis económicos sobre su aportación al crecimiento del PIB?. Una respuesta lineal es imposible; demasiadas variables en juego como para decir sí o no sin matices. Eso sí, una constatación empírica bastante incontestable: históricamente, los países receptores de inmigrantes se han beneficiado de su aportación y no solo no han visto truncada su progresión, sino acelerada.

Tal vez el ejemplo más obvio sea precisamente el de la primera potencia mundial, los Estados Unidos de América. En 1914, U.S.A. se convirtió en el país con más alta *renta per cápita* del mundo. Un siglo atrás apenas era una colonia recién independizada con 4 millones de habitantes. ¿Qué variable resultó determinante para sostener ese crecimiento?. Las hay que no son exclusivas: abundancia de tierras, recursos naturales, facilidad de comunicaciones fluviales, dotación de capital y tecnología... No, lo verdaderamente original del caso es una afluencia permanente de emigrantes que fraguó ese *melting pot* que es su población. La falta de mano de obra para explotar tan inmensos recursos atrajo a las gentes de países con superpoblación relativa o que iniciaban su transición a la modernidad expulsando activos en la agricultura. Primero ingleses e irlandeses, franceses, suecos y nórdicos, más tarde italianos, europeos del este, chinos y antes africanos, obligados como esclavos y liberados tras la guerra de Secesión. Esa mezcla multicultural dio una impronta a la población americana que nos permite rastrear perfiles positivos de la emigración. Gente joven, con iniciativa y ganas de prosperar, relativamente culta y abierta a la innovación, de religiones y culturas diversas... Su constante aumento permitió ampliar la producción y con ella el mercado, para satisfacer el cual se incrementó el recurso a la tecnología. Pero es que socialmente fue asimismo positivo: una sociedad abierta a la diversidad, tolerante

¹ .- Conferencia pronunciada en las Jornadas sobre: “Códigos de desarrollo y Migraciones. El papel de la cooperación”, organizadas por el Instituto de Estudios por la Paz y la Cooperación, Oviedo, 6-10 de noviembre de 2006.

con las creencias, cohesionada en torno a su proyecto, con fuerte individualismo creativo. Podemos criticar sus políticas agresivas en tantos momentos, pero no quisiera pasar por alto que estamos ante el primer país en suprimir la esclavitud, el primero en escolarizar obligatoriamente a los menores de 16 años, el que frenó la ascensión del nacionismo... Son datos en cuya base está ese *melting pot* creado por la inmigración. Irónico verlos ahora levantar muros de contención en sus fronteras.

Toda la historia de la Humanidad es una larga historia de migraciones, desde que aquel pequeño grupo original de Kenia marchó en busca de nichos de confortabilidad por la existencia de caza, frutos silvestres, etc. y acabó poblando la totalidad del planeta. Grandes movimientos poblacionales que ha habido en la historia -las conquistas de Alejandro el Magno, el *Drang nach Osten*, las Cruzadas o la propia Reconquista hispana – serían casos de repoblación y desplazamientos de gentes desde zonas con mayor potencial demográfico y escasez de recursos, a otras menos pobladas. Eran, pues, movimientos migratorios cuyo carácter colectivo respondía a otro tipo de sociedades y que han dado salida a excedentes poblacionales cuya vida carecía de expectativas y contribuído a desarrollar las áreas de recepción y a veces, las de expulsión. Se vincula pues, al desarrollo de los pueblos, aunque no se pueda decir que siempre y en todas las circunstancias. Los escenarios resultan determinantes y estos cambian.

1.- Los grandes flujos migratorios actuales.

Europeos y norteamericanos creemos ser el polo de atracción migratoria por excelencia. Sin duda lo somos para los sudamericanos, africanos y europeos del este, pero no somos los únicos. África del Sur, Australia, el Golfo Pérsico, el Extremo Oriente... son asimismo potentes focos de atracción a los que quizás en breve se unirá algún otro, como la propia India. Eso en lo que afecta a las grandes áreas receptoras, pero es que las migraciones que podríamos llamar interiores aunque trasciendan fronteras nacionales, son muchas más. Amplias zonas de África viven en permanente estado de migración interna y compiten entre sí por los escasos puestos de trabajo. Un ejemplo. De Camerún emigran trabajadores urbanos de cierta cualificación al extranjero, son sustituidos por campesinos que huyen de la miseria del campo y éstos a su vez son reemplazados por inmigrantes nigerianos. Lo

cierto es que más de 300 millones de personas viven y trabajan hoy en países distintos al propio. la situación futura irá sin duda por el mismo camino. Un ejemplo: Europa tenía 582 millones de habitantes en 1999 y se calcula que tendrá 580 en 2025 aún manteniendo el actual ritmo inmigratorio. Bien pues África que tenía 771 habrá llegado a 1290. En cuanto a la renta, al empleo o cualquier otra variable, la evolución será análoga. Por lo tanto, es más que previsible que en un futuro los países que generen flujos migratorios sigan siendo africanos, árabes o sudamericanos y que las zonas receptoras se localicen en USA, Europa, Emiratos árabes, el SE asiático y en menor medida, Australia y sólo tal vez, la India.

La simple ojeada geográfico-económica nos da la variable determinante del fenómeno migratorio: *el diferencial de renta entre los países*. Es algo más que una huída de la miseria o el hambre, es un deseo de mejorar la situación propia y casi siempre la familiar que hace que los flujos migratorios se originen no sólo en países subdesarrollados, sino en los de desarrollo intermedio. Y es que el potencial migratorio de un país no se mide tanto por la extrema miseria y el número de habitantes cuanto por *la diferencia entre la población activa y la demanda de empleo existente, en un país de baja renta per cápita*. En ese sentido, la segunda variable que hay que contemplar tiene carácter demográfico. Sendos datos representativos de las diferencias entre mundos en este recién estrenado siglo XXI. La proporción de menores de 18 años en Europa se sitúa en torno al 17% de la población; en África supera el 40%; menos del 5% de los nacidos en Europa lo hace de una madre menor de 18 años, cerca del 50% de los africanos que nacen tienen una madre de esa edad. Son los extremos, pero contrástese el *invierno demográfico* de nuestro país (17% de mayores de 65 años por 15% de menores de 16, una tasa de reproducción del 1'2, 29 años como edad media para tener el primer hijo) con la situación de los países sudamericanos (más de un tercio de la población tiene menos de 16 años) para que no sea profético el anuncio de la continuidad migratoria.

Otro elemento a añadir, el de *la propensión a emigrar* basada las más de las veces en la existencia de redes de información que suelen tener un origen familiar o de grupo, reforzadas por la extensión de las televisiones que acercan modelos de sociedad opulentas convirtiéndolas en deseables. Muchas veces, es la familia la que elige, financia y envía al emigrante para que les remita parte de sus ganancias. Es

obligado al hablar de estas redes, decir que dan lugar situaciones de carácter delincuencial y mafioso que no se conforman con exigir la devolución de préstamos usurarios, cobrar exorbitantes precios de transporte sino incluso, forzar a las personas a actividades fuera de la ley, como ocurrre con las tramas de prostitución.

No es del todo sorprendente esta última observación. Bajo nivel de vida, el escaso desarrollo, la falta de empleo y gran desigualdad en la estructura del reparto de la renta van ligados a la existencia de regímenes políticos inefficientes en el ámbito económico, frecuentemente dictatoriales en lo político y las más de las veces con niveles de corrupción intolerables. Regímenes donde el intervencionismo del Estado a la hora de asignar los escasos recursos los convierte en dependientes de intereses de clase y clientelas. En otras palabras, regímenes donde el Estado no conoce el término redistribución y con no poca frecuencia, conjuga el de reprimir.

2.- Movimientos migratorios: un enfoque económico.

Una acepción economicista de las migraciones, las entiende como aquellos desplazamientos de la población desde su residencia original hacia otras regiones, hechas con carácter voluntario y respondiendo a decisiones individuales. Es una acepción cómoda que reduce el fenómeno a un movimiento de reequilibrios de la fuerza de trabajo y su retribución. Pero es cierta a medias. La emigración es también una cuestión social, de las familias y de los pueblos. Pero aceptémosla por ahora. Ciento que con la aparición del sistema capitalista y sobre todo durante la época en que eran los europeos los emigrantes más numerosos, ese carácter individual y voluntario –aunque impelido por la necesidad- pareció acentuarse y asentarse.

Desde tal perspectiva, el fenómeno de la migración pondría analizarse como el desplazamiento de la fuerza de trabajo desde las áreas en que hay una mayor dotación relativa de ella y por lo tanto es peor retribuida y menos eficientemente utilizada a otras en las que sucede lo contrario, o sea aquellas en que es más escasa y por ello, mejor retribuida y más eficientemente empleada. Visto así, no cabría duda alguna de sus efectos beneficiosos para todas las partes. El aumento de la eficiencia productiva incrementaría el producto y la renta global de lo cual se derivaría una mayor riqueza en los países receptores. Pero es que además, los países

emisores se beneficiarían por una parte de la mejor posición relativa de la fuerza de trabajo al rebajar su presión sobre el mercado laboral y en ese sentido, sus salarios tenderían al alza; y por otra de la recepción de remesas de los familiares emigrados. La población, pues, seguirá fluyendo desde países con superpoblación relativa respecto de los recursos a los que tienen más escaso ese factor de producción. Planteada como un traslado de la mano de obra desde donde tiene un uso menos eficiente a donde tiene mayor productividad, el resultado global es un aumento de la eficiencia agregada del sistema económico internacional y de la producción y renta en su conjunto. Nada en consecuencia, debiera aconsejar poner trabas a dichos movimientos. De hecho, servirán incluso para equilibrar el valor de los salarios y la distribución de la renta, especialmente del trabajo. Pero la realidad es más compleja y no todas las consecuencias son tan lineales. Veamos primero cómo repercute sobre los países de emigración.

En principio, la repercusión positiva más inmediata y directa que se produce en los países de origen, es una *menor presión sobre el mercado de trabajo*. Con razonable frecuencia implica una leve aumento del nivel salarial ya que los trabajadores que quedan pasan a tener una mejor proporción respecto de las oportunidades de empleo. Fue lo que en los 60 sucedió en los países mediterráneos en los que la salida de emigrantes produjo un efecto beneficioso sobre la situación de quienes quedaron, especialmente en el campo. Ciento es que ello depende de las características del mercado de trabajo en cada caso.

La segunda gran repercusión consiste en la *recepción de remesas de dinero de los emigrantes a sus familias de origen*. Es este un factor importante pues ha habido y hay países en que ese rubro de la balanza de pagos es el más importante. Fue el caso de España donde ese concepto llegó a ser el segundo por detrás del turismo. Existen países como Jordania donde las remesas de emigrantes suponen nada menos que el 23% de su P.I.B., Bosnia el 18% o El Salvador donde constituyen el 2000 el 14% del PIB. A escala macroeconómica esto se traduce en un aumento del consumo y la demanda. Pero no siempre esto produce unos efectos positivos. En el caso citado de El Salvador ha acabado por desincentivar la inversión productiva y simplemente ha generado mayor comercio y demanda de bienes producidos en el extranjero, especialmente en U.S.A.

Una tercera consecuencia se vincula al posible *retorno de emigrantes con ahorros y nuevos conocimientos*. Vuelven con dinero para instalarse en negocios, habitualmente en el sector servicios y en ocasiones con el añadido de una formación y experiencias suplementarias de gran valor para el enriquecimiento de su sociedad. Finalmente debiéramos señalar que hay efectos de tipo cultural que pueden tener una cierta relevancia. Por ejemplo, *pueden servir para mejorar la situación social de las mujeres*. De las que se van porque entran en contacto con sociedades que les permiten desarrollar mejor sus potencialidades; de las que se quedan porque al no tener al marido, toman decisiones que afectan a sus familias y ganan en protagonismo y visibilidad social.

También desde una perspectiva meramente teórica, las repercusiones directas en los países que reciben inmigrantes se concretan en el *empleo, en la producción y en la renta*. Sin más, cabe decir que todos ellos aumentan. Su llegada aumenta el número de activos, incrementa la capacidad productiva directa o indirectamente al ocupar puestos de trabajo que liberan mano de obra –a notar la incidencia en el trabajo femenino– y desde luego incrementan el consumo y la demanda. Pero otra vez aquí, la realidad es más compleja. Los mercados laborales se han segmentado mucho y los inmigrantes ocupan los estratos más bajos y descalificados con lo que no es obvio ni mucho menos el principio de la movilidad general de los factores; desde luego, no se les utiliza allá donde son más eficientes. En cualquier caso, si se ocupan es porque el mercado los reclama y en ese sentido hay un efecto positivo. Es más, la propia segmentación de dicho mercado hace que su incidencia sobre el nivel salarial, uno de los efectos que se les supone y que produce, rechazo, sea mínima y no hagan bajar dicho nivel de forma apreciable.

En otro orden de cosas, *es ya una evidencia que la inmigración contribuye a recuperar demográficamente y rejuvenecer a nuestras envejecidas sociedades*. Para empezar, el tramo de edad dominante entre los recién llegados es de 15 a 40 años, pero es que además, las facilidades que supone la sanidad pública los invitan a tener aquí a sus hijos. El repunte de las tasas de natalidad que en España se observa desde finales del siglo es claro: era del 1'9% en 1975, del 1% en el 2000 y del 1'3% en 2005. Muy relacionado con ello, el aumento de trabajadores equivale al de

cotizantes a la Seguridad Social al extremo de neutralizar los efectos del envejecimiento y en ese sentido, *asegurar la continuidad del sistema de pensiones*, uno de los pilares básicos del Estado del Bienestar en los países occidentales, amenazado seriamente por el alargamiento de la vida y número de los perceptores en estas sociedades envejecidas.

3.- Efectos negativos: la realidad y sus percepciones.

La inmigración no tiene “buena prensa”. Tiene un impacto negativo al menos en la percepción que parte importante de la sociedad receptora tiene de ella. Podríamos concretarlo en tres grandes ámbitos. El primero se refiere *al miedo a competir por los puestos de trabajo y el posible descenso salarial que ello comporta*. Tiene fundamento el temor pues es en función del mercado laboral de cada país que eso sea verdad. No ocurre cuando los inmigrantes ocupan los puestos más bajos de un mercado segmentado y no competitivo, los de menor productividad y remuneración. Pero en la medida en que muchos de los inmigrantes están mejor cualificados de lo que sus primeras ocupaciones exigen, es perceptible que pronto pueden estar en disposición de competir en otros sectores. Casos como el de Austria parecen apuntar ya ese tipo de problemas. Por su ubicación geográfica es el que mayor porcentaje de trabajadores procedentes del Este tiene o sea de países con sistemas educativos muy estructurados por lo que empiezan a competir en el ámbito del trabajo industrial y el de los técnicos medios e incluso a incidir sobre un menor crecimiento de los salarios en los sectores afectados.

El segundo ámbito problemático se refiere al de los servicios y percepciones del Estado del Bienestar. Su disfrute por parte de los inmigrantes y sobre todo de los ilegales y sus familias, se percibe como un riesgo para *los presupuestos públicos que cuestionaría la viabilidad del Estado del Bienestar*. Es común oír la queja de que los inmigrantes utilizan servicios públicos con más facilidad que los propios nacionales cotizantes y eso encarece su coste. Hay que ser claros al respecto pues lo que de verdad cuestiona la viabilidad del Estado del Bienestar es una sociedad envejecida y en ese sentido, el rejuvenecimiento que implica la inmigración y el aumento de afiliados a la seguridad social beneficia hoy por hoy a los propios jubilados nacionales antes que a nadie. Ahora bien, otra cosa es el conjunto del sistema redistributivo pues éste se vincula a otras variables y en concreto al pago de

impuestos. Por lo tanto lo procedente es regularizar el trabajo y hacer cotizar y pagar impuestos a los inmigrantes.

Es, pues, más una cuestión administrativo-política que económica, pero ello no niega la existencia de problemas. Por ejemplo cuando una beca escolar se concede a un hijo de inmigrante antes que a un nacional por tener aquel menor nivel de renta; o cuando se colapsa un servicio de urgencias porque la cultura sanitaria de tantos inmigrantes es más curativa que preventiva y les hace visitar directamente las urgencias del hospital antes que la consulta del médico. Nótese que tanto este ámbito como el anterior crean zonas de fricción precisamente con las capas sociales más populares y necesitadas. Pero nótese al tiempo que se trata de cuestiones derivadas de la amplitud de las redes de protección social y mecanismos de integración educativa. Porque económicamente el problema es simple: cotizaciones y fiscalidad redistributiva.

Finalmente habríamos de referirnos a los problemas de cohesión social que plantea una inmigración no integrada y cuyos más llamativos aspectos suelen visualizarse en la *guetización y el deterioro del orden público*. Sin duda tiene cierta base puesto que las situaciones de marginalidad y pobreza, de dificultad para encontrar vivienda digna, unidos a la falta de cohesión social y diferencias en la escala de valores provoca de forma estable o incidental, el confinamiento en barrios pobres que devienen “ghetos” cuando no empujan a la delincuencia a jóvenes inmigrantes. Pero su incidencia es menor a la percepción que de ello se tiene y su tratamiento no tiene porqué diferenciarse del de la delincuencia común, aunque ciertamente con especial atención a los casos de las mafias del tráfico de inmigrantes y en el de las pandillas juveniles, fenómeno que nos acerca a su integración social. Y esto, hay que reconocerlo no es fácil. Porque en el fondo estamos hablando de *cómo gestionar la multiculturalidad*. Creo que caben pocas dudas respecto al mutuo respeto que se deben los distintos colectivos, pero hay que subrayar la dificultad que entraña construir una ciudadanía. No creo que la postura más adecuada sea la de tipo multiculturalista, partidaria de un relativismo cultural que niega la existencia de valores consensuados de gran trascendencia no sólo para nuestras sociedades sino para toda la humanidad. Entre ese relativismo y el asimilacionismo hay un trecho

por recorrer. Aquí solo cumple decir que hacen falta políticas de integración y educación en valores basados en ese respeto.

En cuanto a los países emisores, los efectos perjudiciales son distintos. El principal, *la pérdida de capital humano*. Porque emigran los mejores: jóvenes con iniciativa y muchas veces con estudios. Si no retornan, el país habrá perdido parte de sus mejores activos y se habrá quedado a veces con la inversión que en ellos realizaron dotándole de cualificaciones. Esto es especialmente relevante en el caso de la fuga de cerebros pero también en el de los más habituales casos de técnicos y personas con niveles de instrucción media. Con ser importantísimo problema, las vías de solución son claras: educación y codesarrollo. Pero sí hay un enorme riesgo al que volveremos después, el de dejar pasar las ventajas que convierten el fenómeno en oportunidad y dejarlo solo en virtualidad.

Resumiendo, *los movimientos migratorios no son en sí mismos un problema. Al contrario, son parte de la solución de otros*. En definitiva son un caso de movilidad de factores productivos y un elemento de rejuvenecimiento en sociedades receptoras, de reducción del paro y aporte de remesas en los países emisores. Empecinarse en ponerle barreras es antieconómico además de inútil, aunque cabe dimensionar el fenómeno mejorando las vías de regularización. En definitiva, *unos flujos migratorios regulados y dimensionados pueden tener efectos funcionales para el desarrollo, la reducción de las desigualdades y la mejora de la eficiencia agregada a escala mundial*. Lo cual no significa que a su través no se detecten otros problemas de fondo como la desigualdad entre países y no generen problemas nuevos que deriven en actitudes xenófobas.. Los hemos visto en síntesis. De ahí que parezca evidente que se proceda a intensificar algunas políticas en marcha y sobre todo, a tomarse en serio otras que apuntadas con reiteración, son ejecutadas con lentitud y cicatería enormes. Porque el momento actual lo que debiera plantear no es tanto cómo frenar la inmigración a los países ricos, sino *cómo conseguir que los países pobres no dejen pasar esta coyuntura que es en sí misma, una oportunidad para el desarrollo*.

5.- Una agenda de obviedades no siempre compartidas.

Una obviedad es decir que el desarrollo económico requiere aprovechar las ventajas de la globalización. Y que ello supone emprender reformas decididas pues aunque las dos últimas décadas han visto éxitos parciales en algunos países, lo común ha sido el escaso avance en el cómputo global. Porque la economía global por sí sola opera en contra de la convergencia de los países en riqueza. Al contrario, el mercado ahonda las diferencias. De ehí la importancia de aprovechar las oportunidades existentes. Resulta necesario que los organismos internacionales promuevan consensos básicos sobre algunos temas e impulsen políticas al respecto no para solucionar el problema de la inmigración sino para paliar sus causas y reconvertirla en beneficiosa movilidad de factores..

Los países ricos o sea, receptores de inmigrantes, están forzados a cumplir el compromiso de la cooperación internacional por dos vías. La primera *la de hacer realidad ya la promesa del 0'7% del PIB*. Y también, claro, a hacerlo de forma más eficiente de lo que se está haciendo al punto de condicionarla a algunas reformas, por duro que parezca. La más obvia, a la reducción en la compra de armas por parte de los países beneficiarios, pero también a las reformas conducentes a la mejora en la eficiencia del Estado, de la sanidad y sobre todo de educación, de la construcción de infraestructuras e incluso de los programas de reducción de la natalidad. La segunda vía hace referencia a *la necesidad de ser justos en la demanda de liberalización*. Porque es evidente que los países ricos, acuciados por la presión de su campesinado, mantienen islas proteccionistas en ese ámbito que hace que los productos agropecuarios de tantos países pobres no resulten competitivos y pierdan así el mayor de sus canales para equilibrar sus balanzas y conseguir divisas. Pero además, deberán adaptar la arquitectura financiera y cambiaria internacional para evitar tanto el exceso de políticas procíclicas en el interior de los países como la volatilidad de los flujos de capital internacionales. El FMI debe redescubrir sus orígenes y contribuir decididamente a cuidar el desarrollo en los países pobres. Nació para ello tras la II^a Guerra Mundial y debe recuperar esa función que va más allá de sus habituales recomendaciones estabilizadoras.

Pero es que en el interior, los países receptores deberán *acordar el modo y formas de regularizar e integrar la inmigración*. Su legalización y conversión en trabajadores con igualdad de derechos no es sólo una cuestión de justicia sino de

cohesión social, eficacia económica y sostenimiento del Estado del Bienestar. Junto a ello, hay que implementar la educación en valores democráticos y derechos humanos, el respeto a la multiculturalidad así como la integración de los jóvenes inmigrantes mediante políticas activas. Y ni es tan difícil ni tan dramático como suele presentarse. Seguiremos durante mucho tiempo necesitando trabajadores foráneos, luego no debiera ser difícil el establecimiento de cupos, que no tienen porqué ser restrictivos, con los países con los cuales se covenien ayudas.

Evidentemente las obligaciones son aún mayores en el caso de los países pobres. Aceptar la globalización no es un deseo, es una imparable exigencia. Pero ello no puede limitarse a mantener los actuales modos de distribución de la renta en el interior de los países y en el mejor de los casos intentar políticas proteccionistas que no hacen sino encarecer los productos para los consumidores nacionales. Al contrario, hay que seguir exigiendo la desaparición de los aranceles en todos los lados pero *implementando políticas que ayuden a mejorar la competitividad*. Importante es articular políticas rigurosas y estables a medio plazo que adecuen los mecanismos del país a la realidad del mercado mundial. Urgentes son *la mejora de la educación y de la sanidad* a fin de aumentar el capital humano de los países pobres. Como lo es la de *construir infraestructuras* especialmente en el ámbito de las comunicaciones y comercio. Y desde luego, que todo ello tenga continuidad a medio y largo plazos. En ese sentido, destacaré una política imprescindible pero no siempre bien vista: *la de reducción de la natalidad*. La transición a una demografía moderna fue el primer signo de modernización y desarrollo en los países avanzados. Es lógico pensar que creciendo a tasas elevadas la población, sería imposible mantener tasas por encima de ellas suficiente tiempo como para conseguir que la *renta per cápita* crezca sustancialmente.

Si este tipo de reformas implican a todos los actores económicos, mucho más implica al Estado en estos países. Esto es, claro, más fácil de decir que de hacer porque en países cuya inefficiencia en el sector público es abrumadora, tratar de aumentarla suele suponer de un lado afectar a intereses de grupos poderosos y desde luego reformar las estructuras políticas. Dicho de otro modo, democratizarlas. Sin ese requisito mal puede articularse *una fiscalidad progresiva y redistributiva* que dote a los Estados de los instrumentos y financiación imprescindibles para sostener

con fiabilidad políticas serias y estables. En otros momentos hubiese sido impensable pero hoy cuando las remesas de emigrantes ya superan en muchos países a los ingresos por ayuda externa (de hecho el cómputo global del valor de las remesas a escala mundial supera el de las ayudas por el 0'7) existe esa oportunidad. Ciertamente hay que ganarla y en ese sentido cabe decir que el desarrollo es incompatible con la persistencia de un entorno institucional adverso. No quisiera dejar de recordar que los países desarrollados construyeron unos sistemas sociopolíticos que no sólo sirvieron para favorecer el desarrollo, sino que lo hicieron posible. Y para ello, las más de las veces, hubo de lucharse contra sistemas autoritarios.

Kerbo sintetiza los problemas en tres barreras. La primera la que llama *distorsión estructural de la economía*, o sea lo que antes apuntábamos como las inaceptables políticas proteccionistas de los países ricos cuando se está exigiendo a los que inician su desarrollo, que liberalicen sus estructuras. Las posiciones de dominio de los mercados convierten eso en barrera insuperable. La segunda, la referida a *la lucha de clases en el interior de los países en vías de desarrollo*, es decir la dominación de grupos sociales que tienen más interés en asegurar su poder interno que en promover el bienestar en sus países. La tercera, *el papel de la clase corporativa global* nucleada en torno a las grandes compañías transnacionales que controlan los organismos que velan por el orden económico mundial. Añadiríamos nosotros, *el papel nada desdeñable de culturas reaccionarias*, un ejemplo de las cuales serían las que favorecen la marginación de las mujeres o se oponen a un mínimo y necesario control de la natalidad. Son obstáculos importantes que frenan las reformas y que debieran implicar a todos, porque a todos, países ricos y países pobres, compete la promoción del desarrollo pues ambas partes se juegan en ello el equilibrio mundial a medio plazo..

En resumen, hay que hacer un esfuerzo por conseguir aumentar en armonía Mercado y Estado, libertad e intervención, iniciativa privada y protección social. Como dice el Nobel de Economía Amartya Sen, la libertad es también un valor económico. Insisto, el problema no radica en los flujos migratorios, sino en la desigualdad en la distribución de la riqueza en un mundo globalizado en su

producción, en su comercio, en su información. La globalización debe ser gobernada. La política es necesaria.